

Villa en Toscana de Plinio el Joven (61-112). Carta a Apolinar. Francesco Fariello, La arquitectura de los jardines. Madrid, Celeste, 2000, pp. 35-36.

El semblante de la región es muy bello; imagínate un anfiteatro inmenso, como sólo la naturaleza puede concebirlo y realizarlo. Una llanura amplia y extensa está rodeada de montes que en sus cumbres tienen bosques altísimos y seculares. A éstos les siguen otros menores que acompañan al monte en toda la pendiente, y luego colinas que no tienen nada que envidiar en su fertilidad a los campos más llanos. Bajo las colinas, las viñas se esparcen por doquier; acabadas éstas, llegan los campos y los prados. Estos prados están llenos de flores y parecen esmaltados de gemas; en ellos florecen el trébol y muchas otras hierbas, que parecen siempre tiernas y blandas porque están bañadas por arroyos perennes...

Te resultaría un gran placer mirar desde los montes el bello emplazamiento de este paraje; te parecería estar viendo no un terreno, sino más bien un bello cuadro pintado a la perfección. Es tal la variedad y la disposición, que los ojos, allá donde se dirijan, encuentran con qué satisfacerse.

La villa, aunque está situada a los pies de una colina, tiene vistas como si estuviese en un sitio más alto; se levanta sobre una pendiente tan suave que se puede llegar hasta la cumbre casi sin esfuerzo alguno. Detrás de ella está el Apenino, pero bastante alejado, y de ahí recibe los vientecillos incluso en los días plácidos y serenos. Se orienta en gran parte al mediodía y se abre con un pórtico, casi invitando al sol; son muchas las partes que la componen e incluso hay un atrio a la antigua usanza.

Delante del pórtico está el xisto, dividido en muchas figuras y adornado con boj; más adelante hay unos bancales pequeños y en declive, dentro de los cuales, también con boj, se perfilan los rostros de diversos animales, unos frente a otros; en los espacios llanos hay acanto flexible, casi diría líquido. En torno al xisto gira un paseo o deambulatorio (*ambulatio*), flanqueado por plantas perennes dobladas y recortadas de variadas formas. De éste se separa un paseo más ancho (*gestatio*) en forma de círculo, que circunda el boj y los arbustos trabajados a mano. Todo está delimitado por un muro sin argamasa; éste, sin embargo, queda oculto a la vista al estar cubierto de boj modelado en gradas. No menos digno de verse desde el xisto, además de las cosas ya vistas por razón del artificio, es el prado, por su gracia innata.

La disposición y la agradable variedad de las construcciones aquí descritas quedan superadas en todos los aspectos por el hipódromo; resulta tan visible que se presenta de repente y por entero a los ojos del visitante. Está rodeado de plátanos cubiertos de hiedra, que primero envuelve los troncos y las ramas, y luego pasa a unir los árboles unos con otros. Entre los plátanos hay boj, y en el exterior se encuentra con los laureles, cuya sombra se funde con la de los plátanos. Todo esto forma el límite recto del hipódromo, que en la parte del extremo cambia de aspecto, doblándose en un semicírculo circundado y cubierto de cipreses que le proporcionan una sombra más densa, opaca y oscura. Sin embargo, en los recorridos interiores, que son muchos, entra el sol en los días claros y también florecen las rosas; resulta agradable el frescor proporcionado por las sombras que atenúan el calor.

Terminados estos recorridos múltiples y variados, se vuelve a los bordes rectos del hipódromo; pero no solamente a éstos, ya que hay otros paseos rectos divididos por setos de boj. En un sitio aparece un pequeño prado; en otro, el boj modela miles de figuras, que a veces forman letras y escriben el nombre del dueño o artífice. En otros sitios aparecen metas o árboles frutales y, de tanto en tanto, casi de improviso, algo que imita lo rústico y lo descuidado entre las obras cuidadas y elegantes. El espacio del medio está adornado con plátanos más pequeños a ambos lados, tras los cuales está el tierno y flexible acanto, y luego más figuras y más nombres.

En la cabecera del hipódromo está el *stibadium* de blanquísimo mármol, cubierto por una pérgola que está sostenida por cuatro columnas de mármol carístico. Debajo del *stibadium* el agua sale a chorros, casi como expulsada por los que están sentados encima; el agua se recoge en un canal y pasa a rellenar una pila de fino mármol, regulada de modo invisible para que esté siempre llena y nunca se desborde. Las viandas de mayor peso, si las hay, se apoyan en el borde de la pila, mientras que las más ligeras se llevan flotando en barquitos o aves simuladas. Enfrente hay una fuente que lanza y recoge el agua mediante un juego de cañerías que primero la echa hacia arriba y luego la traga abajo para volver a elevarla después.

Al otro lado del stibadium hay una estancia resplandeciente de mármoles e inmersa en el verdor del follaje, que proporciona al stibadium tanta belleza como de él recibe...Incluye un lecho y tiene ventanas por doquier, pero, pese a ello, está tenuemente iluminada a causa de la sombra producida por una exuberante parra que trepa por todo el techo y lo cubre hasta arriba...

En otros lugares, se han dispuesto asientos de mármol que, como la estancia mencionada, sirven para el reposo de quien está cansado de andar; junto a los asientos hay otras tantas fuentecillas, y por todo el hipódromo suena el armonioso murmullo de los arroyos.